

XXII.

CLEOPATRA.

¡Día terrible! amanece. El alba se asemeja al espirar de día nefasto. La batalla comenzará pronto; y si se pierde, se perderá con ella algo superior á la vida; se perderá la esperanza. Nosotros, los que hemos venido á la tierra en régia púrpura, y desde el nacer aspirado la lisonja, y visto inclinarse todas las frentes en nuestra presencia, y andado sobre las espaldas de los hombres, no aceptamos con resignacion una derrota: de la omnipotencia nos hundimos en la muerte. Busquémosla dulce; huyamos del dolor en esta hora suprema.—¡Iras!

IRAS.

Reina y señora.....

CLEOPATRA.

He probado la muerte por veneno. Le he dado á doce esclavos nubios doce brebajes distintos, y han padecido tanto en la agonía, se han afeado en tal manera despues de muertos, que he renunciado á todo tósigo. Yo no quiero morir en prolongada agonía, entre convulsiones epilépticas; la lengua fuera de la boca espumosa; los ojos fuera de las órbitas, como dos renacuajos aplastados; las narices hinchadas; los labios reventando, y amoratado y negruzco todo el rostro. Quiero morir deshojando rosas de Alejandria en el vino de Chio que rebose de una copa de esmeraldas; entre sinfonías de cítaras de oro y arpas de marfil; oyendo sencillos cantares de vírgenes griegas que entonen las odas de los antiguos poetas; puestos los ojos en los astros, como mis padres los Ptolomeos; en conversacion solemne y sublime con mis amigos, como se muere en los diálogos de Platon, á fin de que mi última noche se parezca á tranquila noche de luna, y mi cadáver á radiosa transformacion de mi cuerpo. No quiero padecer, ¿Has hecho pues la prueba de esa picadura de los reptiles del Nilo en várias de mis siervas?

IRAS.

Se han observado tus mandatos. Hemos traído de las arenas del desierto los reptiles más venenosos. El primero ha sido la víbora. Sus glándulas hinchadas, sus dientes acerados, su cabeza que se contrae, su lengua hendida, su cuerpo que se enrosca, su cola flexible como un látigo, sus fuertes mandíbulas, blanquecina la una y verdosa la otra; sus ojos brillantes, engarzados como dos cubos de azabache; su piel entre morena y rojiza, que ya toma un reflejo gris-negro, ya un reflejo gris-pálido; todo aquel su breve sér tan flexible, parecido á veces á una cinta, á veces á un látigo, os dan los escalofrios de la muerte, y os transforman de persona en estátua. Hemos probado la víbora en el brazo de una hermosa esclava griega, de veinte años de edad, y de rarísima hermosura. Su muerte ha sido espantosa: dolores agudísimos, calentura ardiente, sacudimientos y espasmos como si la hirieran cien rayos á un tiempo, convulsiones y delirios, lenta agonía, último suspiro horrible, color negruzco despues de la muerte.

CLEOPATRA.

¿Por qué ¡oh dioses! habeis hecho tan espantoso este trance tan necesario? ¿Por qué le habeis dado á la muerte esa fealdad, y á nuestro sér ese horror hácia la muerte? Sin duda alguna, si en vez de rodearla de dolores, la hubiérais de algun placer circuido, caeríamos todos prontamente en ese pesado y profundísimo sueño. Los demás séres nacen para vivir. El hombre, ¡oh! el hombre nace para morir solamente. De suerte, Iras, que habré de renunciar á la mordedura de la víbora. Háblame de las experiencias hechas en las demás esclavas con las demás serpientes.

IRAS.

Las teníamos de todas clases, porque las trajeron, como sabes, esos encantadores que las adormecen con dulces melodías y las cogen con valor entre sus manos. Las cerastes, como difieren poco en forma, difieren tambien poco en mordeduras de las víboras. Como mandaste probarlas en las esclavas más robustas, escogimos la negra nubia, que parecia una estátua de mármol negro, y que aventajaba en hermosura á todas tus esclavas blan-

cas. ¡Infeliz! Su agonía la atormentó doce horas, y su muerte la dejó desconocida de todo punto. Apelamos luego á los crótalos, á esas víboras que tienen debajo y detrás de las narices particulares hoyos. Matamos con ellas hasta siete esclavas escogidas, y en todas vimos los mismos dolores durante la agonía, y el mismo supremo horror y delirio á la tremenda hora de la muerte.

CLEOPATRA.

¡Oh desesperacion!

IRAS.

Ensayamos luego las najas, tan temidas, y por lo mismo tan adoradas en Egipto. ¡Qué animales! En reposo, su cuello no se diferencia de su cabeza, y su cuerpo se confunde casi, por lo sedoso y por lo frío, con las plantas. Pero irritadlas, y vereis hincharse desmedidamente su cuello, abrirse su boca y sacar aguda lengua, semejante á sinistral flecha; lanzar silbidos que, si no matan como su veneno, petrifican de espanto; erguirse en la parte superior de su cuerpo y fortificarse como si fuera durísimo metal, mientras la cola,

fija por un punto en el suelo, y sin embargo flexible y móvil, chasquea á la manera de látigo, y en todas direcciones lanza sus mortales terribles latigazos. En tres jóvenes armenias las probamos, y en las tres produjo los mismos efectos: larga enfermedad de doce horas cuando ménos, dolores vivos, hinchazon lívida, miembros rígidos y fríos, aliento cortado y fatigosísimo, vómitos de sangre, sed abrasadora; piel, despues de la muerte, casi del mismo amarillo jaspeado que tiene la serpiente.

CLEOPATRA.

¿Por qué, Isis, por qué me cierras todos los caminos, hasta el espacioso camino de la muerte?

IRAS.

No te desesperes. Por fin hallamos el áspid. Es pequenuelo como la víbora, de color verde como la esmeralda, tachonado por manchas oscuras. Sus dientes se clavan en la piel con tal delicadeza, que apenas producen la picadura de un alfiler. Suave fiebre penetra por las venas y aumenta algunos instantes la vida y aguza el sentido. Despues cae sobre los párpados tranquilo sueño, que se prolonga y se convierte al cabo en el sueño de

la muerte. Ahí están. Puedes ver á las tres siervas muertas de áspid; duermen su sueño eterno como pudiera dormir un niño el sueño de la inocencia, ó como pudiera dormir una esposa legítima el sueño de sus castísimos amores.

CLEOPATRA.

Toma esta perla que llevé siempre al cuello, y que vale un reino, en pago de esa noticia.

IRAS.

¿Para qué quiero yo la perla, si faltándome tú me sobra todo? Además, aunque mandaras lo contrario, estoy resuelta á morir á tu lado; y si te sobrevivo, á inmolarme sobre tu sepulcro.

CHARMION.

¡Cleopatra, Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿Qué, qué traes?

CHARMION.

Perdida la batalla.

CLEOPATRA.

¡Oh dioses! ¡Mayores pruebas todavía!

CHARMION.

Al rayar el día, ya estaba Antonio en las alturas que dominan á la ciudad. Desde allí veía con satisfacción cómo tus naves se adelantaban airovas contra las naves de Octavio. Al verlas requerirse en alta mar á combate, esperó el resultado de aquellas evoluciones, el triunfo ó la derrota de aquellos soldados. Mas su extrañeza y su furor no tuvieron límites cuando vió, al acercarse unas á otras naves, en el momento de romper la lucha, todo lo contrario de lo esperado: en vez de flechas, venablos, piedras, fuegos griegos, saludos y plácemes mútuos con los remos, y la confusion de ambas escuadras en una misma causa y bajo una sola enseña, bajo la enseña de Roma.

CLEOPATRA (*retorciéndose los brazos*).

¡Oh desesperacion!

CHARMION.

A seguida la caballería imitó á la marina, y

pronto los soldados de Octavio dieron buena cuenta de la fiel y rendida infantería.

CLEOPATRA.

¿Y Antonio?

CHARMION.

Entra ahora en la ciudad dando gritos, diciendo juramentos, fuera de sí, como herido por esta traición sin ejemplo.

CLEOPATRA.

Pero no me acusará á mi. Lo juró en este momento supremo. He sido fiel, como reina, á su alianza; y como mujer, si alguna vez tropecé, en el ardor de mis sentidos, siempre tuve su amor como el primero y más vivo de todos mis amores. No me acusará, no puede acusarme Antonio.

CHARMION.

Reina, debo decirte la verdad. Dice á voz en grito que ha sido entregado por tí, y que le has pagado con defecciones su singular pasión y sus grandes sacrificios.

CLEOPATRA (*mesándose los cabellos*).

¿Habrà otra mujer en el mundo más desgraciada que yo? ¡Dioses de Grecia y dioses de Egipto, vosotros sois testigos de que le amé siempre! Le amé porque su ardor enardecía mi sangre. Le amé porque su fuerza de general contrastaba mi debilidad de mujer. Le amé porque le creía dócil á mis mandatos y propio para servir la causa del Oriente. Mi única ambición era sentarme á su lado en el trono de Alejandría, teniendo á Roma vencida é inmolada á nuestras plantas. Ahora cree que le he vendido, y yo no puedo quizá justificarme. Huyamos. Si supiera que habia de entrar con agudo puñal en la mano, y habia de cogerme por la cabellera, y derribarme á sus plantas, y herirme y traspasarme de una puñalada el corazón, aunque luego pateara mis entrañas y escupiera á mi faz, le aguardaría tranquila y resignada. Pero temo sus reconvenciones y sus miradas, sus quejas y sus lamentos más que la misma muerte. Iras, ha sonado la hora. Dejemos este palacio imperial de los Ptolomeos, y huyamos al fúnebre palacio que en vida he levantado á mi agonía y á mi muerte. Allí están nuestros tesoros, todo lo que nos queda en la tierra; y nuestros dioses, todo lo que

nos queda en el alma. Y allí moriremos, y allí enterraremos, no estos débiles cuerpos de frágiles mujeres, sino una eterna teogonía y una civilización también eterna. En cuanto á tí, Charmion, corre en busca de Antonio; dile que Cleopatra le ha sido fiel hasta el fin; y si te pide una prueba, dile que Cleopatra ha muerto.

XXIII.

ANTONIO (solo).

¡Oh! La fortuna, el ejército, los dioses y los hombres, los mares y la tierra, mis amores y mis amistades, todo me ha faltado, todo menos el valor. He peleado hasta el fin con la fuerza de mis primeros años, con el ardor de mis mejores campañas, como seguro de no vencer, y resuelto á morir; pero no me ha sido dado lanzar el postrer suspiro entre los gritos de la guerra y el ruido de las armas, bajo las espesas nubes de polvo que levanta el combate, salpicado de sangre y enardecido de ira, en la duda consoladora de si mi última empresa habia sido una derrota más ó una admirable victoria. Muriera yo de esa suerte, y me importara poco que todo el ejército enemigo hollase con sus plantas mi cadáver; que me dejaran insepulto; que tuvieran mis restos por única

tumba el vientre de los chacales del desierto. ¡Ah, Cleopatra, fementida Cleopatra! ¿Por qué te apareces aún á mi pensamiento, por qué te dibujas en mis ojos? Te amé sobre todas las cosas de este mundo; te amé mucho más que á la misma Roma, mi eterno amor. Y tú, en cambio, tú me has vendido, tú me has entregado, tú me has hecho víctima de las veleidades de tus sentidos y de los caprichos de tu genio, aborrecible y adorada mujer, último amargor y último encanto de mi tempestuosa existencia. ¡Oh dioses! ¿Qué debo hacer de Cleopatra? ¿Perdonarle sus infamias y olvidar mis agravios? ¡Oh, no! Es necesario que caiga á mis piés, bajo las maldiciones de mi conciencia, y que muera á mis manos, asesina de mi poder y de mi gloria, serpiente del Nilo deslizada en mi armadura y que se ha comido mi corazón á pedazos.

CHARMION.

Antonio, Cleopatra ha muerto.

ANTONIO.

¿Qué me dices? ¡Oh! ¡Fatal nueva! El dolor me acabara, si pudiese matar el dolor.

CHARMION.

Ha muerto por tu amor. En cuanto ha sabido tu desgracia se ha inmolado en su sepulcro.

ANTONIO.

¡Y yo que habia dudado de ella! Perdonadme, manes sagrados de la mujer querida, perdonad si dudé, si maldecí; que todo debe temerse de la desgracia, y todo debe á la desgracia perdonarse. ¡Extraño estado de mi ánimo! Dueleme que Cleopatra haya muerto, y me regocija al mismo tiempo. Parece imposible que tanto ardor, tanta gracia, dónes tan inestimables, se hayan reducido á un cadáver; y el dolor me atenacea las entrañas. Pero cuando pienso que viva, podria haber sido de otro, ¡ah! me regocijo, como de increíble ventura, de su muerte. ¡Cuánto habrá padecido, ella, tan sensible! ¡Cómo habrá penetrado triunfalmente el dolor por aquellos finos tejidos de su piel, por aquellas azules venas de su cuerpo, y por aquellas divinas formas, obra maestra de los cielos y envidia de la tierra! Corre, Charmion, á velarla, y dile al oído, aunque no te responda, dile cómo todavía la ama con delirio Antonio.

CHARMION.

Voy á cumplir mis últimos deberes con Cleopatra. (Váse.)

ANTONIO.

¡Eros, Eros, mi esclavo favorito!

EROS.

Señor.

ANTONIO.

Me han vencido, y vivo. Ha muerto Cleopatra, y vivo todavía. Nada puedo esperar ya de la Fortuna, cuando me ha robado el único bien que me tenía unido á la tierra. Aflójame esta coraza que las manos de la reina ciñeran á mi pecho; aflójala para que abra alguna entrada á la muerte. ¡Cleopatra! No me duele el hallarme separado de tí, puesto que pronto debo en otro mundo encontrarte; lo que me duele es verme yo, general invencible, aventajado en valor y magnanimidad por tí, débil y hermosa mujer.—¡Eros!

EROS.

Señor.

ANTONIO.

¿Te acuerdas cuántas veces me prometiste, en nuestras conversaciones, matarme tú mismo el día que necesitara yo de la muerte?

EROS.

Me acuerdo.

ANTONIO.

¿No es verdad que me hiciste mil veces tal promesa?

EROS.

Verdad.

ANTONIO.

Hiéreme, y hiéreme sin piedad. Ahora está la compasión, está la misericordia en herir con fuerza, en matar con rapidez. Mátame, Eros.

EROS.

Hé aquí mi espada. (La saca.)

ANTONIO.

Hiere.

EROS.

Pero mi espada buscará mi propio corazón antes que el tuyo. (*Se hiere á sí mismo y cae muerto.*)

ANTONIO.

¡Generoso Eros! Me enseñas con tu ejemplo á imitarte. No has tenido fuerza para matarme, y la has tenido para matarte. No seré ménos que mi mujer favorita y mi esclavo favorito. (*Se traspasa el pecho y cae sobre una cama, arrojando lejos de sí la espada.*) ¡Oh! Me he partido las entrañas, y no he muerto. El dolor me atenacea, y el último instante no viene á consolarme. ¡Guardias, esclavos, amigos, venid, venid aquí, y rematadme! Así me evitareis el dolor mortal que me atenacea las entrañas y que ennegrece los últimos instantes de mi vida. (*Los llamados por Antonio entran.*) ¿No hay quién se apiade ya de mí? ¿No hay quién me remate? ¿Os gozais en verme privado del poder, privado de la victoria, privado de Cleopatra, y en lucha con la muerte? ¡Oh tú, mujer más heroica que cien ejércitos, diosa más grande que los dioses del cielo! tú, que has debido morir para mostrarnos que eras mortal, ven des-

de las regiones donde te encuentres ya, ven á este bajo mundo, y llévame en tus brazos. Pero vosotros, que me oís y que llorais, matadme. Veo que acaba de llegar Domicio, el secretario de Cleopatra. Si quieres ser fiel á la religion y á la memoria de tu reina, mátame, Domicio, para que pueda pronto ir á su presencia.

DOMICIO.

Cleopatra vive todavía, y desea verte.

ANTONIO.

¿Vive? ¡Oh! Que muera yo respirando su aliento, recibiendo la luz de sus ojos, envuelto en sus brazos, suspenso en beso eterno de sus labios, oyendo latir su corazón al extinguirse la vida. Pero mis piés no me obedecen. Me faltan fuerzas. Transportadme. (*Lo transportan en brazos para llevarlo al panteon de Cleopatra.*)